

1969 - Gira - VALPARAISO
(IX) crítica
Mercurio Valparaiso

pre a hene:

LOTA - 1969



"Los que van quedando en el camino" por el ITUCH

Isidora Aguirre tiene el gran mérito de concebir obras teatrales diáfanas y explícitas, compuestas en forma atrayente e interesante. En general, narran un hecho, desarrollan una intriga o desenvuelven un conflicto con un acertado sentido de lo dramático y de lo teatral. "Los que van quedando en el camino", una de sus últimas creaciones, no escapa a esas características, las que, por el contrario, son explotadas con mayor oficio y sabiduría: obra sencilla y bien construida, en base a un racconto bien dirigido, ofrece a sus escenificadores excelentes posibilidades de trabajo interpretativo y escénico, y al público, el goce de un espectáculo artísticamente agradable, plétórico de calor humano y de valor social.

Los personajes de este drama comparten, por supuesto, esa sencillez general: son de una línea, con un solo carácter, sin ninguna complicación psicológica, pero, en cambio, llenos de vida simple y de sentimientos; la autora convivió con la gente campesina de Ranquil y se impregnó con su mentalidad, logrando así una observación directa y muy real que traslada a su obra. A actrices y actores de la categoría de Carmen Bunster o Nelson Villagra, para no citar sino a ellos, les resulta fácil la elaboración de tales papeles, en cuya interpretación rinden plenamente, gracias a su magnífico dominio de la voz, rica expresión corporal y sentido escénico. Carmen Bunster, en su doble creación de Lorenza Uribe, vieja y joven a la vez, realiza una actuación admirable desde todo punto de vista, digna de ser recordada por la emoción que provoca y la sinceridad que emana de ella, propia de una gran actriz.

La pareja central es acompañada en su excelente labor por figuras tan conocidas como Clara Brevis, Claudia Paz, Sonia Mena, Andrés Rojas M. o Tomás Vidiella, y otras más jóvenes, tales como Bárbara Martinoya, Mónica Carrasco, María A. Núñez, Fernando Gallardo o Hugo Medina. En este aspecto, el ITUCH hace aquí honor a su mejor tradición, la de llevar a cabo siempre presentaciones de un valor teatral homogéneo: la labor de conjunto es pareja, partiendo de un alto nivel, de modo que nadie desentona y el espectador asiste a un espectáculo de muy buena calidad artística, con la seguridad de quedar satisfecho. Esta homogeneidad es propia de las compañías cuyos integrantes reciben igual formación y viven experiencias teatrales similares durante cierto tiempo.

Eugenio Guzmán ha sacado óptimo partido de esa virtud de sus actores, así como de las buenas cualidades de la obra. Su dirección no busca obtener efectos ni golpes teatrales; le basta con que cada cual, en su elenco, encarne, con humani-

dad, naturalidad y convicción, a su personaje, valiéndose del oficio que posee. Logra buenas composiciones, sobre todo al principio y al final; aciertos en escenas como aquellas en que participa el subdelegado (modelo de ironía y de sátira); alcanza lo poético en el cuadro del invierno, y sobre todo en los de la muerte de Rogelio y Juan Leiva y de la vieja Ignacia, que evocan la poesía de García Lorca; produce ternura en las escenas de amor; penetra en la psicología más profunda de algunos personajes, como el cabo Montoya, que pasa de la altanería a la sumisión abyecta, o la traición del campesino Naranjo; hace, en fin, que el espectador reciba, por medio de los recursos de que se valen los actores, la sensación veraz de que está en presencia de almas sencillas que manifiestan con espontaneidad su alegría, sus anhelos, sus temores, sus odios y rencores, sus afanes, su amor, su angustia o su desamparo.

Claro está que nada de todo esto sería tan bien logrado y transmitido si el director no contara con tan eximios colaboradores, tanto en la actuación como en el montaje escénico. En efecto, y siguiendo la misma línea de sobriedad y eficacia dramáticas, se ajustan en todo y por todo al clima y sentido de la pieza, los decorados y luces de Víctor Segura y los vestuarios de Amaya Clunes, de acusado realismo. La música de Luis Advis merece especial mención, no sólo por su sorprendente belleza (el acompañamiento musical para la muerte de Ignacia recuerda melodías de Narciso Llepés), sino porque se integra perfectamente a la acción.

A nuestro juicio, sólo hubiera sido conveniente acentuar menos el aspecto político (no decimos ideológico) de algunas escenas, especialmente la del coro hablado de los campesinos, al comienzo, y el cuadro final; nos parecen yuxtapuestos tal cual han sido producidos y huelen mucho a manifestación proselitista. Creemos que mejor hubiera sido reducir ese aspecto e intensificar más el simbolismo que contienen esos cuadros; así hubieran resultado menos externos y logrado mayor fuerza y expresión internas.

En cualquier caso, la pieza de Isidora Aguirre y su puesta en escena (que sin duda será la última que nos ofrezca la Temporada de Difusión Artística de la Universidad de Chile y en la cual el teatro ha estado tan dignamente representado en su múltiple variedad actual), separándose con habilidad e inteligencia de la construcción dramática y de la escenificación tradicionales, pero sin caer en excesos de histrionismo ni en exageraciones escénicas, confirma que pueden lograrse así espectáculos teatrales amenos e interesantes, de gran valor artístico y humano.

Samuel Mardones M.